

CONVICCIÓN Y CREENCIA ATEA. *Überzeugung* y *Glaube/Un Glaube*

Cecilia Goroyesky

En el campo lacaniano solemos preguntarnos: *¿De qué se ocupa el psicoanálisis? ¿Dónde transcurre? ¿Cómo opera?*

Durante su Ciclo introductorio a Lacan, dictado hace poco tiempo en Lazos, Rolando Karothy sintetizó una primera respuesta mencionando tres ejes: el psicoanálisis se ocupa –del Otro que nos constituye, a todos, en lo (S); –de la relación con el semejante, en lo (I); y –del objeto con el que cada uno goza, lo que es altamente singular, en lo (R). Nos recordó que ya Freud había planteado otros tres términos fundamentales en esta orientación: la significación, la rivalidad y el problema de la satisfacción.

En 2013, mientras leía *La práctica del análisis*, el libro que Norberto Ferreyra acababa de publicar, me interesó el título del último capítulo “¿Dónde transcurre el análisis?” Para desplegar su respuesta remite a las dos primeras clases del Seminario XXII: *RSI*, y a la última de *Momento de concluir*, el XXV. Sobre el final de este último, Lacan hace la articulación entre la lógica del nudo borromeo y la discursividad en psicoanálisis. Quisiera comentar que: “la relación entre lo R, lo S y lo I se encuentra en la relación más estrecha con el psicoanálisis, el que transcurre entre lo I y lo R. Cuando alguien habla lo hace nodalmente; ese anudamiento puede ser borromeo o no (como en la paranoia, donde se arma como un nudo de trébol).

Al interrogante sobre si un analista sabe cómo opera el psicoanálisis, la respuesta de Lacan, entre socrática e indicativa, es que *lo único que tiene que saber un analista es que no se sabe; pero sí tiene que creer que eso opera*. Dependerá del discurso en el cual se está y de la ecuación personal de cada uno, pero la teoría y el discurso se efectúan allí. El lugar en el que va a poder estar dis-puesto se dará a leer en cada una de sus intervenciones; es efecto del pase por la experiencia en tanto analizante. En diversos momentos de su obra —que sería muy extenso trabajar aquí, pero no menos interesante— Freud nombra la *Überzeugung*, que puede ser traducida como “convencimiento” o “convicción”, y yo prefiero esta segunda acepción: *convicción* sobre lo inconsciente, ya que el convencimiento podría derivar de una persuasión o sugestión.

Creer que eso opera... Se me ocurrió desagregar esas palabras y comencé por “creer”, “eso” y “opera”, sin ocuparme del qué, ni el cómo, ni de si se trataba de creer ahí. Pero al advertirlo pensé que se podía volver a interrogar la cuestión más de una vez. Si voy un poco en zig-zag lo hago

esperando que esta propuesta los invite a situar cómo darían cuenta ustedes de las palabras con las que fue hecha la frase.

Creer: ¿qué estatuto de la creencia tiene que regir? ¿Religioso, fundamentalista, neurótico? No. La creencia, ¿es una idea que se considera verdadera y a la que se da crédito? Si bien en el teatro, para disfrutar, a veces tenemos que declinar el descreimiento, como analistas, habremos de sostener una creencia atea.

El neurótico cree en el Otro sin tachar y se sumerge en la impotencia; cree en la coincidencia entre el saber y la verdad, entre ser y cuerpo. ¿Llamaremos creencia a la *suposición* intrínseca a la instauración de la función del analista en el comienzo de la cura como lugar-teniente del Sujeto supuesto Saber, sin confundirla con ella? ¿O al *Glaube-Unglaube* de la carta que Freud envía a Fließ el 21/9/1897 en la que le anuncia “...*Ich glaube an meine Neurotica nicht mehr*” (“ya no creo más en mi neurótica” —la teoría de la etiología traumática de las neurosis)? Freud le dice que sí cree en la interpretación de los sueños, en la fantasía investida con afecto, en la realidad... ¡psíquica!

Mucho después, pero en un tiempo todavía originario, atiende a Hilda Doolittle, quien se analizó con Freud en dos períodos: en 1933 y 1934. En su libro *Tributo a Freud. “Escrito sobre la pared”*, la autora evoca una secuencia que es reveladora:

No sabía lo que lo había enojado súbitamente. Me volví y salí del diván, los pies en el suelo. No sé exactamente qué había dicho... me volví, sentada de un modo poco ortodoxo, bien derecha, con los pies en el suelo. El mismo Profesor es bastante poco ortodoxo; está golpeando con la mano, con el puño en la cabecera del antiguo sofá de crin, que ha oído más secretos que el confesionario de cualquier padre confesor católico romano en sus días de apogeo... Conscientemente, no *advertí* haber dicho nada que pudiera explicar la explosión del Profesor. Incluso cuando me volví, de frente a él, mi mente estaba lo bastante alejada como para preguntarme si no había sido alguna idea de él para acelerar el contenido analítico o para dirigir el flujo de las imágenes asociadas. El Profesor dijo, “El problema es —yo soy un hombre viejo— que Ud. *no cree* que valga la pena amarme”.

Creer en, creer ahí, creer en el límite, en la imposibilidad, en la lógica del no-todo... El analista cree en el efecto de la enunciación de la regla fundamental, en la transferencia (pero “no se la cree”), *semblantea*, y “muestra la cuerda”. Cree en la angustia, afecto que no engaña.

Lo que me interesa destacar es que en la escucha analítica la creencia se da en simultaneidad con la increencia. Podemos ubicar que cree y no en lo que allí acontece; cree en que hay sujeto a la vez que presta atención a la lógica de los decires del *parlêtre* y a cómo va construyéndose su falta; está advertido de la división subjetiva; de la fantasmática; de que la verdad sólo será mediodicha por su estructura de ficción. Creer no es permanecer hipnotizado, porque quedaría fuera de juego, obnubilado por el brillo del objeto, por ejemplo. Puede haber una hebra sugestiva, pero eso quedaría del lado posibilitador de la vía significante.

Eso: ¿A qué lo vamos a referir? A *l'une-bévue*, la una equivocación, al lugar de la falta, a la relación a la castración, al goce, a *das Ding*. Para Lacan lo único verdadero es la castración. Antes decíamos que entre analizante y analista estaba “eso que habla”; que el *medium* fundamental que está ahí es el lenguaje. Norberto Ferreyra, en el primer libro citado, ubica que es por hablar, por hablar con el cuerpo y sin saberlo, que eso de repente adquiere tres dimensiones que son las del nudo. En la escena del análisis hay dos cuerpos y una terceridad. La dimensión de la palabra es espacial, por la voz. Propongo que eso que opera, que se efectúa en el discurso, es lo que comanda desde el lugar del agente.

Opera: Lacan lo dice de distintas maneras. Una: “Es el deseo del analista lo que en último término *opera* en un análisis”. Opera para que en cada cura se efectúe el giro de los discursos: del amo, de la histérica, de la universidad y del analista. La praxis del discurso del psicoanálisis implica esto: en el giro de los discursos ubicar la imposibilidad propia de cada uno. Las operaciones son de lenguaje: traducción, transcripción, transliteración, trasposición. El analista interviene mediante interpretación, construcción, acto.

En el Seminario XII, *Problemas cruciales para el psicoanálisis*, leemos: “Ser psicoanalista es estar en una posición responsable, la más responsable de todas, en tanto él es aquel a quien es confiada *la operación* de una conversión ética radical, aquella que introduce al sujeto en el orden del deseo, ...).” Todo deseo se origina en el lugar de una falta; sin vacío no hay chance para el deseo.

El 11 de abril de 1978 lo dice así: “Creo que empleándome en el psicoanálisis lo hago progresar. Pero en realidad, lo hundo. ¿De qué modo

dirigir un pensamiento para que el psicoanálisis opere? La cosa que está más cercana a eso es convencerse, si tanto es que esa palabra tiene un sentido, es convencerse de que eso opera. Intento poner eso en plano. Eso no es fácil.” Insiste en la *Überzeugung*, esa convicción que Freud destacó como necesaria en la formación del analista, y que advirtió del lado del paciente cuando la construcción resultaba eficaz.

La operación propiamente analítica es que al vacío que produjo el desgaste del Sujeto supuesto Saber vaya la función del objeto. Y para que implique castración debe estar en relación con el lugar del sinsentido.

El analista *opera* absteniéndose de *ser* ahí, enunciando la regla fundamental, dirigiendo la cura sin renegar de los principios de su poder, sin ceder al horror al acto. Opera en dirección a la máxima distancia entre el ideal y el objeto *a*, mediante sustracción. Al decir de Ruben Goldberg, “opera sobre lo insensato en el fundamento del fantasma”, forzando la travesía para remover el engaño en lo que el sujeto velaba: su disyunción estructural.

En la función deseo del analista opera un límite; hace pasar algo, y algo no. También el campo operatorio del psicoanálisis tiene límites: el discurso del analista se distingue de la epistemología, en tanto sostiene que el lenguaje es la condición del inconsciente y está en relación con la imposibilidad de escribir la proporción sexual.

En ese mismo Seminario XII hallamos que lo difícilmente soportado por los analistas es la experiencia analítica. La resistencia, del lado analista, lo es al discurso del psicoanálisis; puede deslizarse hacia el discurso universitario o el del amo. La vigencia de éste (el del psicoanálisis) se constatará en el caso de que el deseo del analista opere de modo tal que no impida el despliegue del decir, que no llene ese vacío que está en relación con *nada*. Se trataría de un deseo que hace barrera al goce parasitario y le da jerarquía al síntoma, el que se produce en cada análisis. Que lo que tiene para decir sea dicho conlleva la apuesta a que al enunciar la regla se transmita esa creencia: que algo de una verdad subjetiva se ha de poner en juego. Una convicción en el inconsciente.

El del analista sería un deseo puesto en causa para que otro se analice; causa, que no hay. Por su relación a la falta, la inscripción de la castración hace posible que se ordene un saber hacer; *saber hacer ahí con*. El significante tiene alteridad con el significado y con la cosa. La tarea del analista incluye intervenir en relación con el goce podrido del síntoma para con eso hacer algo más interesante.

En relación con la transferencia y para su disolución, tendría que funcionar el amor como significación vacía. La interpretación sería la operación analítica que haga presente la simultaneidad del desenamoramiento del padre y a la vez la separación entre la madre y la mujer. Lo más difícil de analizar es el amor a la madre. Tras la madre, si cae lo que tiene que caer, encontramos una mujer; tras el padre, si cae lo que tiene que caer, no encontramos un hombre sino el sinsentido.

Trayecto entre estar enamorado de lo que uno dice, a enamorarse de aquello que le hace decir a uno lo que dice, y finalmente desenamorarse, sin dejar de desear, lo que implica que se liquida la transferencia. Pero no cancela la *Überzeugung*, esa convicción en la operatoria significativa y en lo que la excede.

Por último: del analista no hay modelo; es *après-coup*, por retroacción, que le cae el nombre si lo que dirigió fue un análisis.

Bibliografía:

H. Doolittle: *Tributo a Freud. "Escrito en la pared"*. El cobre, 2004. Este libro es el primer psicoanálisis relatado por un analizante no analista, y tiene el valor agregado de estar escrito por una mujer cuya sensibilidad moderna da el tono de ese momento de constitución del psicoanálisis que Jacques Lacan nombró como "el contexto ibseniano de fines del siglo XIX".

N. Ferreyra: *La práctica del análisis*. Ed. Kliné. 2013.

N. Ferreyra: La función atea del *semblant*, en *Trauma, duelo y tiempo*. Ed. Kliné. 2000.

N. Ferreyra: *Apariencia, presencia y deseo del analista*. Ed. Kliné. 1990.

S. Freud: *Cartas a Wilhem Fließ (1887-1904)*. Carta 139 del 21-09-1897. Amorrortu editores, Bs. As. 1994.

R. Goldberg: *Los fundamentos del fantasma*. Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis. Montevideo, 2015.

C. Goroyesky: *Crear que eso opera*. Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis. Montevideo, 2015.

R. Karothy: *El deseo del analista*. Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis. Rosario, 1999.

J. Lacan: Seminario XI, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Reunión del 10 de junio de 1964. En la pág. 246 menciona el fenómeno del *Unglauben*, **no el no creer**. Bs. As. 1987. Paidós.

J. Lacan: Seminario XII, *Problemas cruciales para el psicoanálisis*. Traducción de Ricardo Rodríguez Ponte para la EFBA. Versión crítica.

J. Lacan: Seminario XXII, *RSI*. Reuniones del 10 y del 17 de diciembre de 1974. Bs. As. Traducción de Ricardo Rodríguez Ponte para la EFBA. Versión crítica.

J. Lacan: Seminario XXV, *Momento de concluir*. Reuniones del 11 de abril y el 9 de mayo de 1978. Archivo en la web.

G. Le Gaufey: *El caso inexistente*. Cap. El deseo del analista. Intervención escrita a partir de la exposición en Burdeos, septiembre de 1984. Pp. 99-105.

E. Porge: "Sobre el deseo del analista" en *Ornicar?* 1. Pp. 209-217. Petrel. Barcelona.

Diccionario alemán-castellano: <http://es.pons.com/traducci%C3%B3n/espa%C3%B1ol-alem%C3%A1n> *Glaube*: creencia, fe, confianza; *Unglaube*: incredulidad.

Diccionario francés-castellano: <http://www.wordreference.com/>

J. Corominas: *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos, 1973. Creer, h. 1140. Del lat. credere, creer, dar fe (a alguno). Deriv. *Creencia*, 1220-50.

J. Ferrater Mora: *Diccionario de Filosofía*. "Creencia", pág. 722; "Fe", pág. 1222. Ariel Filosofía, 1999.